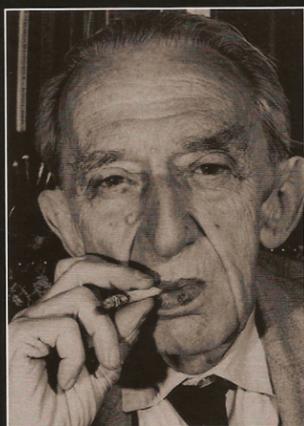


GYÖRGY LUKÁCS

## TESTAMENTO POLÍTICO

y otros escritos sobre política y filosofía



EDICIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE ANTONIO INFRANCA Y MIGUEL VEDDA

EL VIEJO TOPO

GYÖRGY LUKÁCS,  
*Testamento político  
y otros escritos sobre  
política y filosofía*,  
edición de Antonio  
Infranca y Miguel Vedda,  
El Viejo Topo, Barcelona,  
2008, 219 pp. ISBN 978-  
84-96831-84-1.

SIMON Critchley cuenta en *Sobre el humor* una anécdota sobre Lukács. El autor de la *Estética* solía referirse despectivamente a Kafka como idealista. En 1956, tras la fracasada revolución húngara, Lukács, que había sido ministro de Educación en el efímero gobierno de Imre Nagy, fue arrestado en mitad de la noche junto a otros miembros del gabinete a quienes, durante el trayecto nocturno en un vehículo militar, les dijo: *Tja, Kafka war doch ein Realist!* La anécdota es significativa, más allá de la ironía, por lo que sugiere: que Lukács mismo fuera un idealista o que, puesto que lo fue hasta su ingreso en el Partido Comunista en 1919, siguiera siéndolo después, a pesar de lo que escribiera o dijera, de una manera que podríamos llamar esotérica más que clandestina. (Sobre las circunstancias del arresto y la deportación a Rumanía, véase el ‘Testamento político’, p. 203.) Que fue un lector idealista lo comprobó Claudio Magris en la biblioteca de Lukács: los libros cerrados del marxismo-leninismo figuraban al lado de los libros abiertos de la tradición idealista. Pero lo que un escritor lee nos interesa sobre todo por lo que escribe, y es difícil sustraerse a la impresión de que Lukács practicó el arte de escribir característico de las épocas de persecución cuando leemos su ‘Testamento político’ y los demás textos que componen esta antología. Los editores, naturalmente, discreparían de esta interpretación.

Pero a la impresión inicial de una escritura entre líneas se une la tentación de considerar que el interés que pueda suscitar Lukács sea sólo el interés propio de un anticuario. Reforzar la impresión inicial puede ayudar a vencer esa tentación. No se trata de entender a Lukács mejor de lo que Lukács se entendió a sí mismo, sino de entenderlo como se entendió a sí mismo, como comunista o como filósofo o, según se describió a sí mismo en la carta a Cesare Cases reproducida en este volumen, como “*historiador de la literatura objetivo*” (p. 127). En los términos del historicismo, entender a Lukács como Lukács se entendió a sí mismo evitaría que lo tuviéramos por un “perro muerto”.

No se trata sólo del estalinismo ni de la pertenencia de Lukács al Partido Comunista. En ‘Más allá de Stalin’, Lukács apelaría al “lector atento” para confirmar “la continuación directa de tendencias de mi pensamiento que se remontan décadas atrás”. “Creo poder decir con tranquilidad —añadió— que fui, objetivamente, un enemigo de los métodos estalinistas, incluso cuando yo mismo creía seguir a Stalin” (p. 149). La frase admite muchas interpretaciones. El epistolario con János Kádár ilumina la segunda cuestión: Lukács se presenta como un anciano comunista que sólo desea “volver a mi trabajo científico... mi biblioteca” (p. 208). Su voluntad de contribuir al esclarecimiento de “la ideología marxista en contra del dogmatismo y el esclarecimiento” choca con su

presentación, en el ‘Testamento’, como un “ideólogo aislado” (pp. 203-204), que no oculta que las “conexiones” son claves en la cultura y apela, más que al tribunal de la historia, al de la “literatura universal” (pp. 175-177).

“Cómo nos adaptamos, cómo nos oponemos” (p. 181). Lukács sabía que estas cuestiones serían mal recibidas, más allá, incluso, de sus contemporáneos, más allá del valor de lectura que cada época otorga a lo que ha sobrevivido a la desaparición y la destrucción. ¿Fue coherente Lukács? ¿Es su fórmula final, *Gelebtes Denken*, pensamiento vivido, sincera? No es demasiado aventurado pensar que, en el futuro, los lectores de Lukács descubrirán en su obra sólo los aspectos filosóficos que no podrían solaparse con ningún contexto ni ortodoxia alguna, a la manera de los filósofos judíos medievales que sabían cuándo escribían libros judíos para lectores judíos o libros de filosofía para lectores no filosóficos, y, entre las líneas de *El asalto a la razón*, verán la ilación de *El alma y las formas*, o en el inacabado libro sobre Dostoyevski las razones por las que Lukács no llegaría nunca a escribir una *Ética*. “Como filósofo —dijo Lukács— considero mi deber expresar mis propias opiniones resueltamente” (p. 141).

**Antonio Lastra**

